

II. REFLEXIONES SOBRE EL PODER ¹

Las primeras limitaciones que sufre el ser humano en su conducta son las que los padres van imponiéndole en el núcleo familiar; después se añadirán a éstas, aquellas que son producto de las relaciones que establece con los grupos en los que participa, de tal suerte que paulatinamente adquiere los llamados controles sociales.

La sociedad mantiene un rígido control sobre lo que considera peligrosos impulsos instintivos originales del hombre, debilitándolos y desarmándolos, en una primera instancia la autoridad familiar como algo externo al individuo, y en una segunda etapa mediante la configuración de una agencia vigilante, pero interna del propio individuo: el super ego.²

En la proyección social del hombre destaca la tendencia a aceptar el orden existente y el intento de configurar su persona de acuerdo al mismo. En un proceso de asimilación que lo integra socialmente; se siente parte del grupo y al mismo tiempo que adquiere una personalidad social, fortalece la verdadera existencia de esos grupos que sólo son tales cuando viven y funcionan como unidad. Es decir, les infunde sentimientos de permanencia, solidaridad y comunión de intereses.

Por ello en su actuar cotidiano, el ser humano evita en lo posible dar cabida a las desviaciones sociales. La propia comunidad, a través de diversas instancias, crea y consolida un cuadro de normas que le sirven de apoyo externo para determinar los comportamientos que son reconocidos como obligatorios, según los valores de la sociedad. Estas reglas que el ser humano internaliza, representan al individuo como

¹ Los temas tratados en este artículo tienen como antecedente el libro del autor *¿Hacia dónde va la democracia?*, México, Joaquín Mortiz, 1982, y el artículo "Reflexiones sobre el Poder", en *Estudios políticos*, México, nueva época, núm. 4, UNAM, FCPyS, octubre-diciembre de 1987.

² Véase los trabajos de Sigmund Freud, entre otros *On War Sex and Neurosis*, New York, Arts Science Press, 1947. También se puede consultar a Fromm, Erich, *El corazón del hombre* (trad. Florentino M. Torner), México, Fondo de Cultura Económica, 1966, principalmente el capítulo tres, Sobre la agresividad humana, la investigación más completa desde mi punto de vista se encuentra en Fromm, Erich, *The Anatomy of Human Destructiveness*, USA, Holt Rinehart and Winston, 1973.

externas, objetivas y coercitivas. Son normas que se apoyan en las diversas estructuras de la sociedad.³

Si bien esa tendencia a la integración social está presente, el mecanicismo individual no es suficiente para garantizar la cohesión social y se hace necesario crear dentro de esas instancias sociales de control, algunas que trasciendan al individuo y a la familia, este es el caso del derecho y del poder.

La sociedad tiene que defender el orden normativo aprobado, los valores comunitarios, y hacer pasar al individuo —de acuerdo con Marcuse—, de una etapa en la que predomina el instinto biológico del hombre: “principio del placer” como él lo denomina, a otra en la que estos instintos han sido socialmente sublimados: “principio de la realidad”.⁴

La pluralidad de estructuras que generan el proceso anterior crea múltiples instituciones y los roles que las confirman, dejando abierto un amplio campo para que no todos los individuos otorguen su apoyo ni en el mismo grado ni a la misma institución, ni a la misma estructura. Pero los conflictos entre ellas no deben alcanzar niveles que pongan en peligro su propio equilibrio, ya que con esto se desencadena la coacción del Estado que tiene entre sus funciones primordiales la de mantener un grado de cohesión para el desarrollo armónico de la comunidad.

Lo dicho anteriormente se da en el proceso de la historia del hombre y de la sociedad, pero es un hecho que el hombre moderno se encuentra sumergido en un ambiente social que cada vez lo va condicionando más en su actuar. La coacción normativa en la gran mayoría de las sociedades actuales, ha llegado a deformar el desarrollo humano al ser expresión de ideologías que en la mayoría de los casos son enajenantes y explotadoras de la persona. La explosión demográfica mundial, la concentración excesiva en los centros urbanos, la masificación del hombre en general se convierte en causa y efecto de un control normativo que se le impone en todas las sociedades sin distinción de estructura

³ Gerth, Hans y Wright Mills, C., *Carácter y estructura social* (trad. Elizabeth Gelin y Jorge Balan), Buenos Aires, Editorial Paidós, 1963, pp. 28-31.

⁴ “El principio del placer”, pasa a otra etapa en la cual esos instintos han sido socialmente sublimados, denominada “principio de la realidad”, y que esquematiza en la siguiente forma:

Principio del placer	Principio de la realidad
1. Satisfacción inmediata;	Satisfacción retardada;
2. Placer;	Placer restringido;
3. Juego;	Productividad;
4. Receptividad;	Trabajo;
5. Ausencia de represión;	Seguridad.

política económica, lo mismo en las burocracias socialistas que en los países capitalistas, se da este fenómeno de control social en donde el Estado es el mejor ejemplo de agente socializante. El individuo del final del siglo XX está en un mundo normativo que lo limita en forma creciente, fenómeno que se aprecia con gran claridad cuando tratamos de analizar la relación que se establece entre él, la sociedad y el poder político.

En la vida diaria, el hombre común permanece ajeno al juego político de la sociedad y, en todo caso, ve su relación con el Estado, al que identifica como la entidad política *per se*, exclusivamente como una imposición coercitiva. Al buscar una explicación de los sucesos que lo rodean y en muchas ocasiones lo avasallan, se enfrenta contra un aparato ideológico que legitima las estructuras imperantes; contra marcos ideológicos que no responden necesariamente y como era de esperarse, al sentir ético ni de él ni de la comunidad.

Si bien es cierto que toda la sociedad debe tener un orden y quien lo represente, también lo es que éste, debe estar legitimado en el pensar y sentir de los miembros de la comunidad. Por ello es indispensable que ante las estructuras de dominación, se analice como contrapeso en una primera instancia el conocimiento y difusión de lo que realmente son.

El estudio sociológico del poder debe efectuarse siguiendo una posición que algunos autores han llamado realista. Esto es, se busca definir y delimitar el campo del poder frente a otras áreas del actuar humano. Al respecto, Morgenthau expone que:

1. El realismo político cree que la política —como la sociedad en general—, es gobernada por leyes objetivas que tienen sus raíces en la naturaleza humana.
2. El concepto del interés definido como función del poder nos provee del eslabón entre la razón y los hechos que deben comprenderse. Una teoría realista de la política se opondrá a dos falacias populares: la preocupación con los motivos y la preocupación por preferencias ideológicas. Si la Ética en forma abstracta juzga la calidad moral de los motivos humanos, la Teoría Política debe juzgar las cualidades políticas del intelecto, de la voluntad y de la acción.
3. El realismo político no otorga a su concepto un significado de inmutabilidad.
4. El realismo político tiene consciencia del significado moral de la acción política, así como de la inevitable tensión entre la dispo-

- sición moral y los requisitos de una acción política que tenga éxito.
5. El realismo político se rehusa a identificar las aspiraciones morales que gobiernan el universo. Tal como distingue entre la verdad y la opinión, distingue también entre la verdad e idolatría.
 6. En lo intelectual, el realismo político mantiene la autonomía de la esfera política, tal y como el economista, el abogado y el moralista mantiene la suya. Piensa en términos de interés definido como poder.
 7. El realista político no ignora la existencia y aplicabilidad de normas de pensamiento distintas de las políticas; tiene que subordinar dichas normas a las de la política. Y abandona las demás escuelas cuando imponen a la política, normas de pensamiento que son apropiadas a otras esferas.⁵

De lo anterior se concluye que el campo de la ciencia política es el poder. Max Weber definió la relación social del poder como: "La probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social, aún en contra de toda resistencia".⁶

¿Cómo se puede imponer la propia voluntad en contra de toda resistencia? Aquí podemos apoyarnos en Galbraith quien distingue tres diferentes tipos de imposición coercitiva en el área del poder:

- a) El poder codigno que es aquel que gana la sumisión mediante la habilidad para imponer una alternativa a las preferencias del individuo o grupo, acción que sea lo suficientemente desagradable o dolorosa de modo que tales preferencias sean abandonadas. En el término existe un sobre tono y esto conlleva la impresión apropiada.
- b) El poder compensatorio, por el contrario, logra la sumisión a través de la oferta de una recompensa alternativa, concediendo algo del individuo que se somete.
- c) El poder condicionado el cual se ejerce cambiando las creencias de quien se somete a él.

Estas formas de imposición del poder encuentran su legitimidad en:

- La personalidad de quien la ejerce;
- La propiedad; y
- La organización.⁷

⁵ Morgenthau, Hans J., *La lucha por el poder y por la paz* (trad. de Francisco Cuevas Cancino), Buenos Aires, Editorial Sud-Americana, pp. 14-125.

⁶ Weber, Max, *Economía y sociedad* (trad. de José Medina Echavarría, Juan Roura Parella, Eduardo García Máynez, Eugenio Imaz y José Ferrater Mora), México, Fondo de Cultura Económica, 1944, tomo II, pp. 304 y ss.

⁷ Galbraith, John Kenneth, *Anatomía del poder* (trad. de Rafael Quijano), México, Editorial O.M.G.S.A., 1986, pp. 19 y ss.

Históricamente siempre se encontrará una élite que controle el poder político y que esté vinculada a los intereses preponderantes de su época, los titulares del poder ejercen control sobre los medios militares, económicos, jurídicos, religiosos, educacionales, morales y de entretenimiento para fortalecer su posición y, consecuentemente, los intereses que representan.

Este hecho en general no es consciente para la generalidad de las personas, pues atrás de él hay un aparato ideológico que lo oculta y lo legitima.

Las personas en la sociedad tienen un concepto de sí mismas que es más imaginario que real: los individuos tienden a invertir la objetividad de la realidad dándole a ésta ciertos caracteres derivados de su pensamiento, sin llegar a ver que la verdad es lo contrario, la vida real no está determinada por la conciencia sino al revés, la conciencia lo está por la vida real.⁸

Esta determinada forma de pensar está condicionada por el sistema de producción, que se le impone al individuo de tal forma que él encuentra en sí mismo una legitimación de la realidad en la que se vive, justifica al sistema a través de un conjunto estructurado de ideas. Pero estas últimas no son fruto de todos los individuos que forman una sociedad, sino sólo de aquellos que por tener el dominio de los medios de producción ya sea a través de la propiedad, como en el capitalismo, o de la organización burocrática, que se da en los países socialistas, requieren crear esa estructura ideológica que le dé validez y legitimidad a su posición.

Podemos decir que el poder político históricamente ha estado concentrado siempre en grupos minoritarios que manejan a la opinión pública y no están sometidos a ella. Su origen y educación frecuentemente es similar, lo que les permite una gran movilidad social horizontal en su misma clase; entrelazan su poder, riqueza, fama; crean tipos homogéneos de actuar, de opiniones, de sentimientos, etcétera.⁹

⁸ Prefacio de la "contribución a la crítica de la economía política", mencionado por Marx, Carlos y Engels, Federico. *Obras escogidas*, Moscú, Ed. Progreso, 1971, pp. 348 y ss.; Ives Calvez, Jean. *El pensamiento de Carlos Marx* (trad. de Florentino Traperó). Madrid, Editorial Taurus, 1962, p. 357; Marx y Engels, Federico, *La ideología alemana* (trad. de Wencésloao Roces), Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1968, p. 25; Marx y Engels, *Basic Writings on Politics and Philosophy*, USA, editado por Lewis S. Feuer, Anchor Books, 1959, pp. 46 y ss.; Silva Ludovico, *Teoría y práctica de la ideología*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1971, p. 19.

⁹ Domhoff, William G., *¿Quién gobierna Estados Unidos?* (trad. de Carlos Gerhard), México, Siglo XXI, 1969, pp. 122 y ss. "Sin embargo, incluso aceptando que la clase superior americana no es ni monolítica ni omnipotente, y no digamos ya omnisciente, cabe demostrar con todo, el hecho fundamental de que la clase

Los líderes que forman la élite gobernante pueden ocupar distintos niveles, tener el reconocimiento de su grupo en un aspecto general, o ejercer su influencia en un sector particular fuera del cual carecen de ella. Y a pesar de existir esa segmentación del poder, en el caso particular de los países capitalistas, es en primera instancia la estructura política-económica del mismo, la que tiende a predominar.

J. Kenneth Galbraith refiriéndose específicamente al gobierno de los Estados Unidos de América, expone:

Los hombres que encabezan a la empresa moderna, financieros, abogados, técnicos, publicistas y autoridades sacerdotales que desempeñan funciones ejecutivas son los miembros más respetables, opulentos y prestigiosos de la colectividad nacional. Son el *establishment*. Sus intereses privados tienden a convertirse en interés público. Huelga decir que se trata de intereses profundamente orientados hacia el poder. Se trata de que esos intereses sean considerados como objetivos colectivos por parte de los demás. Tampoco desprecian las ganancias; éstas son importantes para asegurar la autonomía de la empresa para controlar la oferta de capital. Las ganancias son también fuente de prestigio y, por lo mismo de influencia; sin embargo, la meta de mayor importancia es la del crecimiento político, que entraña una fuerte recompensa económica. . . además, consolida y acrecienta la autoridad.¹⁰

superior americana es una clase gobernante. Entiendo por clase social a un grupo social observable, diferenciado, cuyos miembros actúan entre sí con límites más o menos definidos y conceptuando a la clase de gobernantes como una clase social superior que posee una parte desproporcionada de la riqueza de la nación, recibe una cantidad desproporcionada del ingreso anual de un país y proporciona un número desproporcionado de sus miembros a las instituciones rectoras y a los grupos que deciden los destinos del país". Domhoff aclara: "Usamos el término —desproporcionado— como concepto cuantitativo. Una cantidad proporcionada de ingreso, riqueza y puestos directivos sería un porcentaje igual al porcentaje de la clase social en la población total". Los índices que toma Domhoff para señalar el origen de la élite del poder en los Estados Unidos son: a) El *Social Register*: volúmenes que se publican en las principales ciudades de Estados Unidos desde 1888 y en los cuales se incluyen a los miembros de la clase superior, destacando los que ocupan puestos públicos; b) Las escuelas privadas en donde cursaron sus estudios los miembros de la clase superior en el poder; c) Los clubes sociales a los que pertenecen dichos miembros; d) Los bailes de presentación, y e) La membresía en organizaciones culturales y caritativas. Los índices anotados llevan a conocer los antecedentes comunes de aquellas personas que están integradas en: 1. Las grandes empresas; 2. Los principales bufetes de abogados; 3. Los patronatos de las fundaciones; 4. Las asociaciones; 5. Las juntas de fideicomisarios de las universidades; 6. El Poder Ejecutivo Federal, y 7. Los militares que representan las instituciones sociales por medio de las cuales se ejerce el poder.

¹⁰ Galbraith, John K., "El economista ante el poder", publicado en la revista *Plural*, núm. 18, México, marzo 1973, p. 5; Morgenthau, Hans J., *op. cit.*, *supra*,

Este uso del poder en general no es descarnado, el gobierno debe cumplir un programa en donde justifique su propia ideología, el cumplimiento de este cometido público en mucho, será el medio como tácitamente obtenga su legitimidad.

Lo anterior no significa que la élite del poder sea un grupo homogéneo; en su seno hay antagonismos, pero los más importantes derivan, en el caso sobre todo de los países industrializados, de los intereses económicos en conflicto, dado que el sistema económico es altamente competitivo. Sin embargo, la necesidad de supervivencia en los miembros de la élite los conduce a aceptar compromisos y restricciones, y esto se logra en última instancia con la participación coercitiva del Estado.

El poder debe buscar los equilibrios que le permitan cumplir con sus fines y asegurar su permanencia; es decir, mantener la estabilidad del sistema sin destruir la multiplicidad de los elementos que lo componen.

Los intereses de las clases dominantes no se circunscriben al ámbito nacional. El imperialismo económico implica una regulación singular de la política internacional, que rige el mismo denominador común de la nacional: conservar el poder, o influir en su distribución. Ello acenúa la pobreza y explotación de los países subdesarrollados, que mun-

nota 5, pp. 229 y ss.: "Ocho organizaciones económicas, de las cuales 6 son bancos, controlan la totalidad de las corporaciones o empresas norteamericanas, según un estudio del Senado. Aunque el control de estas instituciones no llega por su posesión en términos de propiedad la adquisición de sus acciones es suficiente para tener voto y decisión sobre programas y acciones, añade el estudio. En muchos casos se dijo, uno solo de estos ocho 'grandes' tiene poder decisivo sobre todo un ramo de la industria, como es el caso de Chase Manhattan Bank, de Nueva York, que tiene más del 5 por ciento de las acciones de cuatro líneas aéreas y seis ferrocarriles, lo que le garantiza un poder casi absoluto sobre el sector del transporte, en términos competitivos. La posesión de un cinco por ciento o más de las acciones de una empresa es suficiente, dada la extrema repartición de las acciones, para controlar una compañía en los Estados Unidos. El estudio, cuyo título es *Datos sobre la propiedad corporativa*, fue elaborado durante dos años por el Subcomité de Presupuesto, Gastos y Dirección, con el auxilio del Subcomité de Relaciones Intergubernamentales, que preside el senador Edmund Muskie. Las ocho organizaciones citadas por el estudio son: Morgan Guaranty Trust Co.; Bankers Trust Co., First National City Bank; Chase Manhattan Bank y Bank of New York (cinco bancos neoyorquinos). State Street Bank de Boston; Merrill, Lynch, Pierce, Fenner & Smith —un fondo de inversión— y Cede Co., otro fondo de inversión que controla casi toda la bolsa neoyorquina a través de sus 144 miembros. Otras revelaciones del estudio son: Los seis bancos citados controlan el 53 por ciento de la energía eléctrica; el Chase Manhattan controla 4 aerolíneas y casi la totalidad del transporte por ferrocarril, posee también acciones en la industria automovilística, tiene inversiones en 29 estaciones de televisión y controla casi totalmente la CBS, una de las tres cadenas nacionales. El Bankers Trust, controla varias compañías petroleras".

dialmente representan el papel de lo que son en nivel nacional: los grupos marginados. Hay un imperialismo que explota gastos, modas, valores, moral, etcétera, afirmando así el control económico, primero, y después el político, sobre los países subdesarrollados, en los que la propia élite gobernante nacional va siendo desplazada por los representantes de los intereses extranjeros.

En el caso particular de México, lo anterior se establece con mucha claridad al ver como a partir de 1982 hasta la fecha, muy particularmente en los acuerdos de septiembre de 1989, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, e incluso el propio presidente de los Estados Unidos, han intervenido directamente en "aprobar" la política económica del gobierno mexicano, a efecto de continuar "prestándole ayuda". En tal forma que la llamada deuda externa se mantiene en beneficio de los acreedores externos y nos vincula en forma dependiente por varias generaciones. —En este acto claramente vemos como la soberanía nacional se somete a los intereses económicos transnacionales—.

Las compañías transnacionales han transformado la vida económica y política de los países en los que impera su gran campo de acción: autonomía frente a la ausencia no sólo de medidas legales sino ante la incapacidad de los propios países dependientes de encontrar otros mecanismos de emancipación económica; estas ausencias que han permitido esa participación e incidencia en la vida pública hasta desbordar en mucho los límites de la legalidad y del equilibrio político interno de los países.

Así se eterniza la penetración económica y la dependencia. Este desequilibrio económico necesariamente se refleja en la política, llevando a los estados nacionales a la enajenación de su soberanía política. Las corporaciones transnacionales buscan aliados sin descuidar el apoyo de sus países de origen, como mecanismo de seguridad y coacción frente a sus deliberaciones y actos diplomático-económicos. Parte de estos últimos son efectuadas al vincularse con las organizaciones políticas predominantes en los países en los que actúan.

Si bien, como mencionábamos anteriormente, la legitimidad del poder se da en función de la personalidad, la propiedad y la organización, en la actualidad, la actividad política requiere necesariamente de una compleja organización, a tal grado que para algunos autores, esta organización pueda llegar a ser la fuente más importante de poder político.

"Estas organizaciones son grupos estructurados, articulados, jerar-

quizados y adoptados a la lucha por el poder, que expresan los intereses y objetivos de diversas fuerzas sociales de las que son precisamente medios de acción política".¹¹

Para el mundo moderno, el control político de la sociedad impone un mecanismo creciente burocrático-administrativo que por sí mismo fortalece a los grupos elitistas en la cumbre.

La élite del poder requiere que los miembros de la comunidad, a través de la opinión pública, brinden su apoyo al sistema y utilizan todos los medios de propaganda para configurar y sostener su dirección y contenido. La importancia del reconocimiento a la estructura del poder es fundamental para lograr su institucionalización; el Estado manifiesta públicamente, respecto de su configuración, que se debe a la voluntad popular.

El Estado moderno une dentro de su estructura las tres fuentes de poder que hemos venido mencionando: la personalidad política, la propiedad en la forma de recursos a su disposición y la organización. Mantiene acceso a las tres formas de ejercicio del poder: el codigno, el compensatorio y hace un uso creciente y además impresionante del poder condicionado.¹²

A las personas se les hace saber que es por su participación y reconocimiento por lo que el Estado, como representante de la dominación, obtiene su legitimidad; legitimidad que se asienta en el reconocimiento popular otorgado en interés del bien común. Para mantener el privilegio, los gobiernos dedican una atención preferente y un elevado presupuesto para cuidar la imagen que dan al público. Se han formado las oficinas de "comunicación social", cuya importancia es decisiva en la configuración de la opinión pública. Pero en la práctica, estas agencias de información pública que hablan en nombre de los diversos departamentos gubernamentales e instituciones que representan, se han prostituido en forma creciente, han dejado de servir al interés público. En cambio, los agentes de prensa se han convertido en publicistas, y todas sus energías y facultades se consumen en mantener a sus jefes y a sí mismos en el poder. Una parte exagerada de la energía y los recursos de nuestras instituciones se derrochan en lograr una opinión pública predeterminada de quienes son sus titulares. Con informaciones seleccionadas previamente, los funcionarios tratan de hacernos como

¹¹ Duverger, Maurice, *Introducción a la política* (trad. de Jorge Esteban), Barcelona, Ediciones Ariel, 1968, p. 134.

¹² Galbraith, John Kenneth, *op. cit.*, *supra*, nota 7, p. 163.

bueno lo que ellos piensan, evitando las decisiones que pudiéramos tomar por nuestra cuenta si supiéramos toda la verdad.¹³

Los publicistas políticos evitan informar —sobre todo— de aquellas cuestiones controvertidas, importantes o que puedan poner al desnudo la estructura real del poder.

Dice Maurice Duverger que:

Si es absolutamente necesario hablar de estas cuestiones porque están en el candelero de la actualidad, se hará con el máximo de precauciones, tratando de contentar a todo el mundo, es decir no abordando el fondo del problema, sino rodeando y desviando la atención. Se trata así a los ciudadanos como si fueran niños incapaces de afrontar las dificultades. De esta manera, en lugar de prepararlos para tomar sus responsabilidades, se les aleja de ellas.¹⁴

Quien ocupa un puesto público se pone en manos de publicistas que buscarán proyectar al público la imagen que espera y desea del mismo, aunque éste tenga que reprimir y ocultar su verdadera personalidad y sobre todo, el verdadero manejo de sus intereses personales. La forma de vestir, de hablar; el estilo y marco de las fotografías; los lemas que usarán; todo esto se decide por sus agentes de relaciones públicas. En este aparato publicitario se forman los mitos sociales que la masa reconoce como verdaderos, y se vincula emotivamente a esa ficción que se convierte para él en una realidad absoluta.

No sólo es manipulada la imagen personal que el político desarrolla, sino que además los que ejercen autoridad intentan justificar su dominio sobre las instituciones vinculándose, como si fuera una consecuencia inevitable, a los símbolos morales en que generalmente se cree, con los emblemas sagrados, con las fórmulas legales. Las relaciones de estos símbolos con la estructura de las instituciones cuentan entre los problemas más importantes de la ciencia social. Pero esos símbolos no forman ninguna esfera autónoma dentro de una sociedad; su significación social está en su uso para justificar la organización del poder y las situaciones que dentro de ellas ocupan los poderosos, o para oponerse a ella. Su importancia psicológica está en el hecho de que se convierten en la base de la adhesión a la estructura del poder o de la oposición a ella.¹⁵

¹³ Lederer, William J., *Una nación de borregos* (trad. de Ramón Gil Novales). México, Ediciones Grijalvo, 1966, p. 140.

¹⁴ Duverger, Maurice, *op. cit.*, *supra*, nota 11, p. 164.

¹⁵ Wright Mills, C., *La imaginación sociológica* (trad. de Florentino M. Torner), México, FCE, 1971, pp. 34 y ss.

Como hemos reiterado, la ideología es la base sobre la que se realiza toda actividad política, no sólo del hombre común, sino del político mismo. Al respecto, Morgenthau dice: "Los políticos tienen una tendencia inextinguible de engañarse a sí mismos acerca de lo que están haciendo al referirse a su política, no en términos de poder sino, en principios éticos y legales o de necesidades biológicas".

Es parte de la naturaleza de la política el empujar al actor en la escena a usar ideologías a fin de disfrazar el fin inmediato de su acción que es el poder, y el poder político es poder sobre las mentes y acciones de los hombres. Aun aquéllos que han sido escogidos como el objetivo futuro del ejercicio del poder de otros, intentan ellos mismos ganar poder sobre otros. Así, el actor en la escena política es siempre al mismo tiempo un futuro señor y un futuro sujeto. Mientras busca poder sobre otros, otros buscan poder sobre él.¹⁶

Para el hombre cotidiano participar en política es algo que está sumamente alejado no sólo de un interés inmediato, sino que las dos instancias más representativas de la acción política, el partido político y los grupos de presión, no le facilitan la opción de su participación.

La meta del primero es lograr el poder; la del segundo, influir sobre los titulares del poder, aunque su fin no es logro del poder en sí. Generalmente, los grupos de presión son parciales en cuanto que buscan afectar la actividad política del Estado de tal manera que redunde en una utilidad particular de acuerdo con sus intereses específicos. Su participación implica más bien la obtención de un equilibrio en el que el Estado predomine, incluso —llegado el caso—, integrando en su estructura a los representantes de estos grupos.¹⁷ El ejemplo más claro son los líderes sindicales. En la actualidad, la fuerza de los sindicatos en el equilibrio del poder es ampliamente conocida. En México el gobierno fomenta el centralismo, por mantener a los sindicatos en el equilibrio del poder. Las dos terceras partes de los trabajadores sindicalizados pertenecen a la CTM —órgano que colabora con el gobierno en el sector obrero del PRI.¹⁸ Y a pesar de ello, es indispensable señalar que los sindicatos son grupos de presión y no parte de la clase gobernante; en cambio, los partidos políticos sí persiguen el poder. Su

¹⁶ Morgenthau, Hans J., *op. cit.*, *supra*, nota 5, pp. 123 y ss.

¹⁷ Finer, S. A., *El imperio anónimo* (trad. de Juan Ferrando Badía), Madrid, Editorial Tecnos, 1966, p. 42.

¹⁸ González Casanova, Pablo, *La democracia en México*, México, Editorial E.a., 1965, p. 13.

principal actividad la llevan a cabo en las funciones electorales, bien, buscando mantenerse en el poder, o conseguirlo. Así pues, su misión es allegarse miembros suficientes para que con su apoyo aseguren el triunfo de sus candidatos, ofreciendo a los primeros ciertas ventajas por su intervención. Teóricamente se puede considerar que los partidos políticos se rigen internamente por principios democráticos; pero esto sólo es una apariencia. Hay un grupo activo minoritario que es el que selecciona a los candidatos, y también es una minoría la que prepara y lleva a cabo las campañas electorales; la gran mayoría únicamente le otorga legitimidad a la selección hecha por los verdaderos líderes minoritarios que controlan el partido. Sobre esto dice Weber en su estudio: *La política como vocación*, que

los partidos y seguidores de un líder político, buscan además de los intereses muy específicos del grupo político, lograr obtener el control y distribución de cargos, que se otorgan como pago de los servicios prestados. Esto último ha sido muy codiciado; el crecimiento de la burocracia —debido a la ampliación de la administración pública—, ha creado en gran escala puestos que representan a sus titulares una forma de asegurar su porvenir; por lo tanto, el partidario político busca por medio de su apoyo a un candidato, la obtención de algún empleo.¹⁹

Esta retribución tan pragmática de quien vive de la política impide el poder comprometerse con un programa o proyecto que vaya más allá de lo inmediato, pues la posible pérdida de un puesto de retribución económica no se arriesga en aras de algo tan indefinido como puede ser el llamado "bien común".

Pero la instancia política no mantiene una pureza en su propio campo de acción sino que el componente económico, en los sistemas capitalistas, como hemos dicho lo ha penetrado y condicionado en un altísimo grado.

En el mundo moderno en donde las fronteras han sido borradas por la dominación económica de los países altamente industrializados y por los medios de comunicación, el problema de la dominación política-económica abarca todos los ámbitos de nuestra vida cotidiana.

No es posible señalarle límites a la penetración ideológica económica que justifica y sustenta a la dominación política en nuestra vida diaria.

¹⁹ Sánchez Azcona, Jorge, *Introducción a la sociología de Max Weber*, México, Editorial Océano, 1986, pp. 123 y ss.

En renglones anteriores hemos descrito el manejo manipulado de la búsqueda de legitimidad de quienes forman el poder, por los vínculos férreos que mantiene la estructura económica con la política, esto nos obliga también a algunas reflexiones sobre cómo afecta esta ideología económica-política, no sólo el desempeño laboral, económico, de cada uno de nosotros, sino también en nuestro diario actuar, pensar y sentir.

Dado que el proceso de socialización que se lleva a cabo a través del carácter social y la ideología, es un proceso que como hemos dicho, para la mayoría de los miembros de la sociedad es inconsciente, se dificulta su estudio; no es fácil preocuparse, tratar de captar y analizar un proceso que se sale de nuestro mundo cotidiano inmediato.

Como expusimos anteriormente, en su vida diaria el individuo no cuestiona el ámbito en el que crece y se desarrolla. Hay generalmente una aceptación tácita de los valores y costumbres imperantes que a pesar de ser criticados, pocas veces se lucha conscientemente por modificar o derogar. El individuo común y corriente cree ser dueño de su conducta, no le es dable comprender que él es fruto, en alto grado, de su contexto social, y por tanto es éste el que lo posibilita en su actuar. El ser humano busca la satisfacción adecuada de sus necesidades de acuerdo a los patrones que su sociedad le da.

Cuando la sociedad posibilita la satisfacción óptima de las necesidades del hombre y su familia, podemos considerarla sana; en cambio, cuando esto no se logra, estamos frente a un ambiente social necrófilo, destructivo, enajenante.

Veamos qué tipo de sociedad de acuerdo al contenido de su carácter social, configura el desarrollismo industrial que es seguido como el modelo impuesto desde el exterior para la sociedad mexicana.

México; por ser un país en desarrollo, es paradójicamente una nación muy polarizada en cuanto a sus clases sociales. Por un lado, podemos hablar de México rural, con características muy específicas, como son la pobreza lacerante del campo, el alcoholismo, la desnutrición infantil, el analfabetismo, la insalubridad, la necesidad del padre de emigrar al extranjero o a las ciudades, el hacer trabajar a los niños en el campo, etcétera, provocan en la vida rural una problemática muy seria que le impide a las personas poder solventar sus necesidades materiales y espirituales. Pero este México ha sido sacrificado en aras de otro México, el urbano, el de las grandes ciudades, el que se está industrializando. Este último es, para los efectos del presente trabajo, el que debemos estudiar, por ser el México que tiene el control económico, religioso, político, militar y educacional, que le permite señalar

el rumbo que estamos siguiendo, el del industrialismo, de acuerdo a los modelos del sistema capitalista.

Incidentalmente, el otro patrón institucional, el desarrollo industrial comunista, tiene una serie de puntos de contacto, de rasgos comunes con el desarrollo capitalista, sobre todo en lo que se refiere a la formación psicológica del individuo, que al hablar de los caracteres de las sociedades industriales, hay muchos aspectos que pueden abarcarse bajo el mismo rubro. Si bien es cierto que existen diferencias ideológicas significativas, para el hombre cotidiano de los países comunistas, la imposición normativa estatal es franca, abierta, avasallante, su desnudez no está cubierta con la sutileza de esa autoridad anónima en que se basa la política de los países capitalistas (sobre todo por el uso de la publicidad).

Es difícil tratar de abarcar bajo el concepto tan general de desarrollo industrial, los distintos matices que se dan en una sociedad, o entre éstas, pero dado que éste es un patrón, un modelo a alcanzar, teóricamente se puede hacer un análisis del mismo, tratando de considerar que en la mayoría de los casos la estructura que queremos formar tiende a asimilarse, en la forma más amplia posible, al siguiente esquema:

El modelo industrial de producción implica la concentración masiva de individuos en grandes ciudades, la monopolización de la producción a través de grandes empresas, en los que se incluye a las empresas transnacionales, ambas tienen una dirección minoritaria de la que dependen trabajadores y empleados; éstos tienen que homogeneizar sus actividades y expectativas en grado superlativo para poder trabajar en forma armónica, fácil, fluida, sin alteraciones que se reflejen en la producción. Tal sistema crea, por su especialidad, una rígida burocratización, la cual influye en la configuración del carácter de los individuos que laboran en él. Hay un proceso de troquelamiento en la personalidad y mentalidad en los valores y las normas de las personas, que tienen que aceptar este orden normativo o de lo contrario corren el riesgo de ser excluidos o sancionados. Ello obliga a que el hombre moderno tenga un carácter conservador y temeroso, un deseo manifiesto de evitar cualquier actitud nueva que implique un peligro. El precio que se paga por la disidencia es extremadamente alto. La actitud del individuo está marcada de por vida por el tipo de empresa en la que labora. Se supone que el empleado o trabajador hará carrera dentro de las instituciones en las que presta sus servicios, tanto del gobierno como de la iniciativa privada, pues cada día es menor el campo de trabajo en las profesiones liberales o en el pequeño comercio.

Es así como la persona tiene una identificación y un sentido de realización al poder actuar dentro de las normas que la organización le demanda. Cuando su conducta es reconocida como adecuada dentro de este tipo de estructuras laborales, se siente satisfecho. Cuando actúa de acuerdo con los valores que se le imponen, es recompensado económica y psicológicamente.

Pero estos sistemas de producción obligan, para su subsistencia, a que se cumplan varios requisitos: el primero, se ha dicho, es el de la producción en conjunto, alcanzar un alto grado de desarrollo en el ciclo económico producción-consumo. Para lograrlo se requiere igualar los gustos y apetencias de los miembros de la sociedad a fin de que agoten toda la producción; el sistema se obliga entonces a utilizar medios publicitarios, educativos, políticos, religiosos, etcétera, en este proceso de homogeneizar las aspiraciones y las necesidades económicas del público consumidor.

Las personas sometidas a este doctrinamiento pierden su conciencia moral y su personalidad individual, necesario para que el hombre asimile lo más rápidamente posible las expectativas y los valores que permiten subsistir a la sociedad económica, no importando consecuencias: despersonalización creciente de la persona, falta de respeto a su integridad y su intimidad, etcétera. Se acepta como moral, como legítimo, todo lo que ayude y estimule a acrecentar y fortalecer el sistema de producción, y el hombre pierde toda posibilidad de desarrollar sus aspectos emocionales, vocacionales, de comunicación con sus semejantes, con su familia.

Tales son algunas de las aspiraciones básicas impuestas por los valores reconocidos dentro del sistema industrial. La sociedad está obligando al individuo a convertirse en una máquina de producción y en un artículo de consumo. Los patrones sociales se nos imponen coactivamente; todo el sistema educacional tiene como meta principal el logro de una personalidad preferentemente económica; el niño desde su inicio en la escuela es educado con la idea de que pueda llegar a ser alguien, lo que se traduce en hacer dinero. La inteligencia se usa para amasar fortunas y privilegios sociales, talento para engañar a los otros es un principio básico de la convivencia.

El hombre moderno fortalece su personalidad cuando puede, a través de la remuneración que ha recibido por su trabajo, comprar y consumir; éste es el momento en que se afirma, en que logra su máxima plenitud, en que siente que se realiza. Todos los medios de comunicación nos están insistiendo reiteradamente en que la finalidad de todo

ser humano debe ser comprar más artículos, mejores, más caros, no importando para qué sirven.

El problema principal al que nos está llevando la estructura socio-económica, es el de una absoluta enajenación del individuo; no poder dar la dimensión que corresponde a sus aspiraciones emocionales que se encuentran fuertemente sometidas a presiones ficticias que los sistemas de publicidad han creado y que no son fundamentales para la subsistencia del ser humano. El hombre que dedica su máximo esfuerzo, el mayor desgaste físico y mental para su trabajo, tiene que renunciar al contacto cotidiano de la familia; más aún, el tiempo que dedica a su casa no es sino para recuperar energías que le permiten seguir aumentando su rendimiento económico. El padre y la madre van perdiendo comunicación entre sí, los hijos, que en los países industriales cada vez son menores en número, desde temprana edad se ven obligados a ir a la guardería o a la escuela, abandonan la familia a una edad en que es imprescindible la presencia física y la comunicación efectiva con sus padres.

Los espectáculos públicos han hecho, además, que las horas de ocio no se disfruten dentro de la casa, sino fuera de ella, o incluso en la presencia física del domicilio, pero con la intromisión de la televisión que viene a romper el mundo íntimo del hogar. Estas horas que el hombre debe dedicar en plenitud a su mujer y a sus hijos, son prostituidas y utilizadas por la infiltración de un adoctrinamiento que fortalece la ideología del sistema.

Se nos insiste, a través de estos medios de publicidad masiva, en necesidades que nos van creando; se nos manipula en tal forma que nos vemos obligados a estar de acuerdo con los intereses y los valores de los comerciantes. Se nos invita a adaptarnos a un mundo falso, en donde la satisfacción de nuestras necesidades solamente la logramos por medios artificiales, en donde nos sentimos realmente hombres en el momento en que nuestra fuerza de trabajo nos reinvierte el máximo de beneficio posible. Las relaciones entre el hombre y sus semejantes son solamente la presencia física, dado que no hay posibilidad de una comunicación entre entidades enajenadas, con aspiraciones que los obligan a estar siempre en competencia. No es el hecho de estar en una fábrica, empresa o institución con miles de trabajadores, es el hombre que no puede entrar en comunicación real ni con ellos ni consigo mismo. Hay un miedo tremendo a tratar de separarse de esos patrones de conducta, pues sabe que inmediatamente las sanciones se le harán sentir, castigos que se van a reflejar en sentimientos de inseguridad, de angustia y de culpabilidad; el sistema no acepta disidentes.

Una sociedad que masifica al estandarizar gustos y necesidades, obliga al hombre a ser feliz sólo si no es diferente, si con su participación fortalece a esa masa siempre en constante crecimiento, en donde se le da la sensación de igualdad, de pertenencia y que lo libera de elegir, pues la masa tiene una dirección que le conduce sutilmente a dónde ir y a qué hacer.²⁰

¿Cómo considerar sana a este tipo de sociedad? A pesar de que millones de personas compartan las mismas actitudes, los mismos valores necrófilos y destructivos, eso no sana la sociedad. Que la mayoría de las personas no puedan lograr el dominio de sí mismas y mantengan una dependencia con los medios de manipulación, no convertirá ese actuar en normal, ya que como tal debería de considerarse aquel que le permita al ser humano la satisfacción de sus necesidades básicas y no aquellas que los miembros de una sociedad puedan pensar que lo son, pues esto es resultado de una actitud subjetiva e irracional, dado que le son impuestos coactivamente e internalizados como si fueran propios.

A este respecto escribió Fromm:

En general toda nuestra actitud hacia la vida se está haciendo hoy cada vez más mecánica, nuestro propósito principal es producir cosas, y en el proceso de esta idolatría de las cosas nos convertimos en mercancías. A los individuos se les trata como números. La cuestión no es aquí si se les trata bien y están bien alimentados (también las cosas pueden ser bien tratadas); la cuestión es si las personas son cosas o seres vivos. La actitud hacia los hombres es ahora intelectual y abstracta. Se interesa uno en las personas como objetos, en sus propiedades comunes, en las reglas estadísticas de la conducta de las masas, no en los individuos vivos. Todo esto va unido al papel cada vez mayor de los métodos burocráticos. En centros gigantescos de producción, en ciudades gigantescas, se administra a los hombres como si fueran cosas; los hombres y sus administradores se convierten en cosas, y obedecen a las leyes. Pero el hombre no nació para ser una cosa; es destruido si se convierte en cosa; y antes de que eso se realice, se desespera y quiere acabar con toda vida.

En un industrialismo burocráticamente organizado y centralizado, se manipulan los gustos de manera que la gente consuma el máximo y en direcciones previsibles y provechosas. Su inteligencia y su carácter se uniforma por el papel siempre creciente de pruebas que seleccionan al mediocre y falta de ánimo con preferencia al original

²⁰ Canetti, Elías. *Masa y poder* (trad. de Muchnik Editores, S. A.), Madrid Alianza Editorial, 1983, tomo II, pp. 13 y ss.

y atrevido. En realidad, la civilización burocrática-industrial que triunfó en Europa y en los Estados Unidos creó un tipo nuevo de hombre, que puede describirse como el hombre organización, el hombre autómatas y el *homo consumens*.²¹

En este tipo de estructura, el hombre tiene como cualidades el ser pragmático, tenaz, imperturbable sin imaginación, mezquino, suspicaz, frío, ansioso, inflexible, obsesionado, posesivo, ordenado, metódico y obediente, sobre todo.

¿Cuál es el precio que se paga por adaptarse a este tipo de sociedad? Nuestra propia destrucción.

El ser humano al no poder realizarse, madurar integralmente, crece como un ser atrofiado, que nunca podrá llegar a trascender existencialmente, y esta frustración obviamente se reflejará e influirá de una manera decisiva en sus relaciones familiares, en donde la promiscuidad, la indiferencia sexual, el hermafroditismo y la desexualización, vienen a ser características prominentes del núcleo familiar.²²

Nunca será suficiente reiterar el problema tan grave a que nos está llevando la mecanización creciente y el alejamiento del hombre moderno de la naturaleza, y de sus propios compañeros, los individuos que forman parte de esa sociedad. Hemos creado un mundo en el cual las máquinas tienen su propia vida y que está escapando a la dirección del hombre, y un mundo en el cual la participación creciente del Estado, fortalece este tipo de estructuras y las sanciona legitimándolas.²³

A países como México, que se enfrenta a la peor crisis de su historia moderna, a pesar del enorme costo social que está pagando, se nos sigue imponiendo este esquema de desarrollo con la intervención abierta e irreflexiva de los países acreedores, que consideran que sólo su modelo es válido para poder en alguna forma recuperar íntegramente sus prestaciones.

Es necesario que nos demos cuenta que esta imposición estructural e ideológica a la sociedad actual, fomenta muy sensiblemente la agresividad, la violencia, la enajenación del individuo, la pérdida de esperanza. Para poder en un momento dado combatir estos aspectos cotidianos de la vida que las grandes concentraciones urbanas y el

²¹ Fromm, Erich, *El corazón del hombre*, op. cit., supra, nota 2, p. 61.

²² Derbez, Jorge, "La diferencia-masculino y femenino", publicado en: *La guerra de los sexos*, México, Instituto Mexicano de Psicoanálisis, 1959, p. 88.

²³ Pappenheim, Fritz, *La enajenación del hombre moderno* (trad. de Werner May), México, Ediciones Era, 1965, pp. 50 y ss.

desarrollo industrial nos están imponiendo, es necesario que no lo hagamos sólo a través de argumentos racionales, sino que busquemos los cambios estructurales que permitan proyectar un cambio de ideología.

No es suficiente pensar en sensibilizar a las personas de esta problemática de nuestra vida diaria, sino que es necesario buscar el cambio de las estructuras del propio ambiente.²⁴

Mientras una sociedad no tenga la esperanza de este cambio, sino que se busque la integración, la comodidad y el consumismo, que además ahora se vuelve para la mayoría de los mexicanos inalcanzable, no será posible, en un momento dado, perder de vista el potencial fascista que en sí misma contiene esta ideología. La destructividad del hombre contemporáneo se ve estimulada ante la falta de alternativas para el desarrollo de una sociedad biófila, en donde la energía vital del hombre se realice y supla dándole la jerarquía que corresponde a las máquinas y a los objetos que en ocasiones se nos están imponiendo.

Albert Speer en sus memorias nos dice:

la de Hitler fue la primera dictadura de un Estado industrial en los tiempos de la técnica moderna, una dictadura que, para ejercer el dominio sobre el propio pueblo, había sabido servirse a la perfección de todos los medios técnicos . . . Mediante los productos de la técnica, como la radio y el altavoz, ochenta millones de personas podían escuchar la voluntad expresada por la voz de un hombre. El teléfono, el telégrafo y la radio permitían que las órdenes dictadas por la suprema jerarquía pasaran inmediatamente a los órganos más inferiores, en donde por proceder de tan alta autoridad, eran obedecidas ciegamente. De este modo, muchas oficinas y unidades militares recibían directamente sus pavorosas órdenes. Permitían tender una extensa y tupida red de vigilancia sobre la población y mantener en secreto los actos criminales. A los de fuera, este aparato del Estado tal vez se les antoje tan deslavazado como esas centralistas telefónicas que en apariencia no son más que una maraña de cables, pero, igual que éstas, podía ser manejado y gobernado por una voluntad. Las dictaduras de otros tiempos precisaban de hombres de grandes cualidades, incluso en los puestos de mando inferiores, hombres que supieran pensar y actuar por su propia cuenta. El sistema autoritario de la época de la técnica puede prescindir de ellos; sólo ya los medios de telecomunicaciones permiten mecanizar el trabajo del mando inferior. En consecuencia, surge el tipo de ejecutor de órdenes, carente de espíritu crítico. . . Durante los años

²⁴ Adorno, T.W., Frenkel, Branswick Else, Levinson. Daniel J. and Nevitt, Sanford R., *The Authoritarian Personality*. New York, Harper and Brothers, 1950, p. 973.

cruciales de mi vida, deslumbrado por las posibilidades de la técnica, me pasé a su servicio. Respecto a ella, no me queda al final sino escepticismo.²⁵

Es necesario que el hombre recupere su dimensión y que la sociedad replantee la participación económica de los grupos que configuran esta ideología y que cuentan con la sanción legitimadora del Estado. Debemos evitar que nos lleven a esta configuración de la sociedad, buscar los medios que permitan al hombre reencontrarse y romper con este tipo de mundo. Inclusive la clase trabajadora pierde el proceso predominante en la producción al incluirse en este mundo cibernético, mecanizado, en donde ahora son los científicos y los técnicos quienes nos imponen el destino de la producción y de la dominación política y, por tanto, de la sociedad.²⁶

En el mundo actual existe una absoluta dominación de la oferta. Las grandes empresas escogen sus actividades en función del criterio de la mayor rentabilidad posible. Por consiguiente, dan preferencia a ciertas producciones que son más rentables. Dan preferencia a las necesidades individuales antes que a servicios; a los bienes suntuarios, incluso fútiles y hasta nocivos. Satisfacer estas necesidades es particularmente rentable. Ofrecen productos concebidos para seducir antes que para ser verdaderamente útiles. De ello resulta una verdadera distorsión de la producción en relación con las necesidades. Es simple hipocresía decir que el objetivo del desarrollo económico es satisfacer la necesidad. Sería más justo decir la satisfacción de ciertas necesidades, solventes y rentables. Así, vivimos en una mezcla incoherente de abundancia y hasta de despilfarro para ciertas cosas y de penuria grave para la mayoría de los miembros de nuestra sociedad en relación a sus necesidades fundamentales. Basta con evocar la paradoja de la proliferación de automóviles privados, en una ciudad como la de México, donde están acabando con el ambiente y creando condiciones verdaderamente letales para sus habitantes.

Pero el hombre moderno está en mucho indefenso al ser agredido por cientos de mensajes comerciales diarios. En toda su existencia eso representa mucho más que los mensajes recibidos en la escuela, en la Universidad, de buenos autores, si todavía le queda tiempo para leer. Todos estos mensajes constructivos, humanos, apenas pesan nada al

²⁵ Speer, Albert, *Memorias* (trad. de Ángel Sabrido), Barcelona, Plaza S. Janes, Editores, 1969, p. 610 en adelante.

²⁶ Fromm, Erich, *La revolución de la esperanza* (trad. de Daniel Jiménez Castillejo), México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 144.

lado de la masa enorme de los recibidos por la publicidad. Desde el punto de vista de la civilización, esto es grave.

El hombre se convierte en una máquina de deseos, todo se mercantiliza: el deporte, los recreos, que son impulsadas hacia entretenimientos pasivos, los "mass media" (TV comercial), la cultura. Todo ello crea una falsa concepción del bienestar fundada en la posesión de cosas.

Falsa concepción por consiguiente de la persona humana, puesto que la personalidad se afirmará cada vez más por el consumo, estratificando éste en las clases sociales basadas en la propiedad y las rentas. Falso concepto de la civilización fundado sobre lo cuantitativo en lugar de lo cualitativo. Y por último, falso también como expectativa real para países como México. Engaño permanente para la mayoría de nuestra población que nunca, en varias generaciones podrá razonablemente aspirar a ello.

El hombre tiene necesidad de que se le proponga un nuevo estilo de vida, distinto del que se desprende de esos mensajes repetidos de la publicidad; una repartición distinta de esos gastos a los que se empuja a la familia de hoy: un concepto diferente del bienestar, que no reposará más sobre el verbo haber, sino sobre el verbo ser. Producir en razón de las necesidades no es siempre rentable. Ahora bien: dirigir una empresa es reducir las incertidumbres. Por consiguiente, es mucho más seguro suscitar aquellas necesidades de las que se sabe que es rentable la producción necesaria para cubrirlas. El consumidor no escoge; se le dicta lo que ha de escoger. Todo el sistema tiende a convertirse en una vasta conspiración tendiente a hacer del hombre una máquina de consumir. A las empresas no les interesa el hombre que piensa; les interesa el que gasta. Se deja sin raciocinio al consumidor. Primeramente manteniendo su ignorancia. Su reflexión se haya turbada por la interferencia apabullante de mensajes publicitarios carentes de toda significación, que no sea el comprar por el comprar mismo.

Lo que está en juego en el hombre moderno es el desarrollo de sus propias necesidades. Cómo poder no sólo desarrollar y satisfacer sus necesidades básicas ya no sólo no dañando a los demás, sino en todo caso no dañándose a sí mismo. Cómo realizarse el individuo sin tener que reproducir y consolidar mediante sus aspiraciones y satisfacciones, su dependencia respecto a un aparato de explotación que al permitirle satisfacer las necesidades que este aparato va creando, obliga a que se perpetúe su propia servidumbre. Esta sociedad de consumo en donde el capitalismo empresarial ha obligado a crear una segunda naturaleza en el hombre, convirtiéndolo en objeto y en mer-

cancia. Por otro lado, una sociedad que como hemos dicho y hay que reiterarlo, tiene un potencial altamente fascista como una característica de su propia estructura política.

Históricamente nunca se había encontrado, como en el siglo XX, la agresividad, la violencia y la destructividad del hombre contemporáneo.

El hombre tiene mecanismos defensivos que se proyectan en actitudes agresivas en servicio de su supervivencia, tanto en lo individual como en contra de su especie. Es un carácter defensivo que deja de ser utilizado cuando las amenazas que se ciernen sobre el individuo dejan de existir. Pero la sociedad moderna ha desarrollado otro tipo malsano de agresividad, una agresividad maligna que es inherente a la especie del hombre, y que además no se encuentra presente en ninguna de las especies. Es una agresividad socialmente condicionada. El hombre moderno ha llegado a perder totalmente la noción de sus propias necesidades y de su propia existencia, manipulado principalmente por los medios masivos de comunicación, en donde se le internaliza una ideología destructiva, en donde los medios que se utilizan le impiden discernir entre lo que es la realidad y lo que es la fantasía, en donde el medio se ha convertido en algo más importante que el propio mensaje.

El desarrollo que las corrientes instintivas, principalmente encabezadas por Lorenz, Tinbergen y Leyhausen, destacan como algo inherente en el hombre la propia violencia, pero hay que diferenciar dos tipos de violencia: La violencia natural instintiva inherente al hombre, y la violencia que un momento dado produce la propia estructura social.²⁷

²⁷ Actualmente los estudios de la llamada corriente etologista enfatizan un determinismo biológico en el actuar del hombre. Véase a Tinbergen N., *El estudio del instinto* (trad. Juan Almela), México, Siglo XXI Editores, 1970; Lorenz, Konrad, *Sobre la agresión, el pretendido mal* (trad. Félix Blanco), México, Siglo XXI Editores, 1963; y Lorenz, Konrad y Leyhausen, Paul, *Biología del comportamiento* (trad. Félix Blanco), México, Siglo XXI Editores, 1973. Frente a estos autores los conductistas han destacado al ambiente social como el factor determinante de la conducta del hombre. Puede consultarse Skinner, B. F., *Más allá de la libertad y la dignidad* (trad. José Coy), Barcelona, Editorial Fontanella, 1972. Fromm, en su libro *The Anatomy of Human Destructiveness*, op. cit., supra, nota 2, mantiene una posición crítica frente al conductismo y los etologistas, pp. 16, 34 y 55. Véase también Freud, Sigmund, *The Future of an Illusion*. A Doubleday Anchor Book, p. 422. Quisiéramos insistir, que la agresividad como característica de la ambivalencia del ser humano debe ser entendida en un sentido diferente a la agresividad natural que todos los organismos tienen como una medida defensiva. Esta última está al servicio de la conservación del individuo y las especies, caracterizándose por ser biológicamente adaptativa y cesando cuando la amenaza que la ha provocado deja de existir. En el ser humano, como especie orgánica, aparece un tipo único y exclusivo de

Las grandes concentraciones urbanas, la ciudad de México de nuevo es un claro ejemplo, provocan la falta de espacios vitales que la densidad de población nos impone, de la ausencia de recursos para nuestro desarrollo, somos una sociedad altamente contaminada por su irracionalismo y su falta de planeación, hemos llevado entre otros aspectos a la configuración de una conciencia anómica, en palabras de Durkheim, y por lo tanto a que en un momento dado se establezcan salidas no normativas desde el punto de vista de una ideología impositiva y destructiva que se le está imponiendo al hombre.

Este esquema desarrollista demanda un costo vital para quien lo vive. No sólo no hemos podido cubrir con decoro y dignidad las necesidades de la mayoría del pueblo de México sino que quienes se han beneficiado en lo material con este desigual sistema económico, principalmente la sociedad urbana tampoco han podido realizarse como seres humanos dentro del mismo, además de la pérdida de expectativa futura en lo económico.²⁸

La materialidad y el consumismo abarcan todas las esferas de nuestra vida; por ello, los efectos de la ideología consumista descritos anteriormente tienden a reflejarse en la estructura política de los países que la sufren.

agresividad, a la que Erich Fromm ha denominado agresividad maligna. Esta se caracteriza por su gran crueldad, sin ningún otro propósito más que el de la destructividad por sí misma. La agresividad que se da tanto en el hombre como en los animales, tiene por objeto el proteger la vida, el sexo, los alimentos o el territorio. En cambio la segunda, no es una defensa frente a una amenaza, no tiene una raíz filogenética, es biológicamente dolorosa porque tiende a la destructividad social, es representativa de todo un síndrome del carácter del hombre desarrollado, sobre todo, en las sociedades modernas, que se caracterizan por una amplísima división del trabajo y rígidas clases sociales. Esta actitud necrófila de atracción y amor por la muerte, por todo lo que signifique no vida, es una característica del ser humano. característica que no es inherente sino adquirida por el tipo específico de estructura social en la que se vive. Los sistemas económicos y sociales de los países industrializados han fortalecido en sus propias sociedades este síndrome de autoaniquilamiento. Véase Fromm, Erich, *The Anatomy of the Human Destructiveness*, op. cit., supra. nota 7, pp. 185 y ss.; Sánchez Azcona, Jorge, *Familia y sociedad*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1976, pp. 82 y ss.

²⁸ Aguilar Camín, Héctor, en su libro *Después del milagro* ejemplifica el problema de la desigualdad, tomando el siguiente ejemplo de Nora Lustig, quien maneja los dos supuestos imaginarios siguientes:

1) Si el país mantiene un crecimiento del 3% anual bajo las condiciones actuales de distribución del crecimiento, ¿cuánto tardarían los 35 millones de mexicanos más pobres en llegar a ganar un salario mínimo? Su respuesta fue: 64 años.

2) Si el país mantiene un crecimiento del 3% anual y toda la riqueza generada se destina a los 35 millones de mexicanos más pobres manteniendo al resto igual, ¿cuánto tardarían en alcanzar un salario mínimo? Respuesta: 4 años. (L-30, p. 224)".

Los científicos de la política han encontrado que la actitud democrática, o en su caso, la actitud autoritaria que se refleja en la forma específica de participación política, depende en mucho del carácter personal del individuo, de su concepto sobre la vida y la sociedad, esto es, del contenido ideológico de su contexto.

Siguiendo a Dahl, expondremos a continuación un breve resumen sobre los caracteres sobresalientes de la llamada personalidad democrática y de la autoritaria.

Nos dice dicho autor que entre los investigadores recientes de las ciencias políticas que tratan de esta cuestión, existe un grado extraordinario de acuerdo sobre los valores, actitudes, opiniones y rasgos de carácter que ayudan a mantener a un sistema democrático. Las actitudes más importantes son las que se tienen hacia sí mismo, hacia los demás, hacia la autoridad, hacia la comunidad y hacia los valores:

1. Hacia sí mismo. Una creencia en el valor y en la dignidad de sí mismo;
2. Hacia los demás. Una creencia en el valor y en la dignidad de los demás;
3. Hacia la autoridad. El hecho de dar importancia a la autonomía personal y un cierto distanciamiento o hasta desconfianza de la autoridad poderosa; en contraste con el autoritario, la ausencia de una necesidad de dominar o someter;
4. Hacia la comunidad. Franqueza, pronta aceptación de diferencias, buena voluntad hacia compromisos y cambios, y
5. Hacia valores. La persecución de varios valores en vez de un objeto individual que lo consume todo, y una disposición de compartir en vez de acumular y monopolizar.

El mismo autor continúa diciéndonos que paralelo a lo anterior se han llevado a cabo una gran cantidad de trabajos de investigación sobre las características de un síndrome denominado la "personalidad autoritaria", a quien se le atribuyen las siguientes características:

1. Convencionalismo: Adhesión rígida a los valores convencionales de la clase media;
2. Sumisión autoritaria. Actitudes de sumisión, desprovistas de crítica, con respecto a las autoridades morales idealizadas del grupo propio;
3. Agresión autoritaria. Tendencia de vigilar y condenar, rechazar y castigar a las personas que violan valores convencionales;

4. Anti-intrasección. Oposición a lo subjetivo, lo imaginativo, lo delicado de espíritu;
5. Superstición y estereotipia. La creencia en determinantes místicos del destino del individuo; la disposición de pensar en categorías rígidas;
6. Poder y dureza. Preocupación con las dimensiones dominio-sumisión, fuerza-debilidad y jefe-subordinado; identificación con personalidades del poder; afirmación exagerada de la fuerza de la rigidez;
7. Destructividad y cinismo. Hostilidad generalizada, envilecimiento de lo humano;
8. Proyectividad. La disposición de creer que en el mundo ocurren cosas alocadas y peligrosas; la proyección anterior de impulsos emocionales inconscientes, y
9. Sexo. Una preocupación exagerada por conductas sexuales.²⁹

De acuerdo a las características distintas señaladas como relevantes en la ideología industrial, podemos decir que la personalidad que tiende a configurar este tipo de estructura económica es la autoritaria. Hombres dóciles, fáciles de manejar, con una aprehensión de consumir, con valores y gustos preestablecidos, que a pesar de que por medio de las ideologías se les hace creer en su libertad, en realidad son conducidos sutilmente para obtener de ellos un total sometimiento al régimen político y económico imperante. Son seres enajenados, sin conciencia de esa realidad, pero que la defienden a todo trance; son conservadores, convencionales, sumisos, productivos, antirreceptivos y, a pesar de ello, precisamente como resultado de esa enajenación se sienten perdidos en cuanto se separan un mínimo de las costumbres y modos de comportamiento que imperan en su sociedad; su meta, producir y consumir; por lo tanto, a pesar de ser hombres masa, en realidad son como el personaje de Hesse, lobos esteparios que no tienen ninguna comunicación con sus semejantes. Es necesario reiterar que por el condicionante en tan alto grado de la economía sobre el poder, los efectos que el desarrollismo industrial le imponen al aparato político, pueden ser nefastos.

Mills dice:

...Una sociedad considerada en sus más altos círculos y en sus niveles medios como una red de hábil ilegalidad, no produce hom-

²⁹ Dahl, Robert, *Análisis sociológico de la política*, Barcelona, Editorial Fontanella, 1968, pp. 108 y ss.

bres con un sentido moral íntimo; una sociedad que es sólo acomodaticia no produce hombres de conciencia. Una sociedad que reduce el significado de la palabra —éxito— al de hacer dinero y que condena el fracaso como el peor de los vicios, elevando el dinero al nivel de valor absoluto, producirá el agente avisado y el negocio dudoso. Bienaventurados los cínicos porque sólo ellos tienen lo necesario para triunfar. . .³⁰

Lo descrito anteriormente, como la ideología del industrialismo, necesariamente se refleja y condiciona a la estructura política, la que está íntimamente vinculada y reflejada en la estructura económica.

Quienes participan en ella desarrollan las características que Dahlgren da a la personalidad autoritaria.

La política se convierte no sólo en un medio que posibilita obtener grandes beneficios económicos, sino que su ejercicio destaca ciertos caracteres comunes a dicha ideología industrial.

Se pregunta Fromm:

¿No es el sadismo, tal como lo hemos descrito, algo similar al apetito de poder? La contestación es que, aunque las formas más destructivas del sadismo (cuando su fin es el castigar y torturar a otra persona), no son idénticas a la voluntad de poder, ésta es sin duda la expresión más significativa del sadismo. El problema ha ido ganando cada vez mayor importancia en nuestros días. Desde Hobbes en adelante se ha visto en el poder el motivo básico de la conducta humana; los siglos siguientes, sin embargo han ido concediendo mayor peso a los factores morales y legales que tienen a contenerlo. Con el surgimiento del fascismo, el apetito de poder y la convicción de que el mismo es fuente del derecho han alcanzado nuevas alturas. Millones de hombres se dejan impresionar por la victoria de un poder superior y lo toman por una señal de fuerza. Por cierto que el poder ejercido sobre los individuos constituye una expresión de fuerza en un sentido puramente material. Si ejerzo el poder de matar a otra persona, yo soy *más fuerte* que ella. Pero en sentido psicológico el deseo de poder no se arraiga en la fuerza, sino en la debilidad. Es la expresión de la incapacidad del yo individual de mantenerse solo y subsistir. Constituye el intento desesperado de conseguir un sustituto de la fuerza al faltar la fuerza genuina.³¹

³⁰ Wright Mills, C., *La élite del poder* (trad. de Florentino M. Torner y Ernestina de Champourcin), México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 322.

³¹ Fromm, Erich, *El miedo a la libertad* (trad. de Tino Germani), Buenos Aires, Editorial Paidós, 1962, p. 168.

Este sadismo, expresión de la necesidad de someterse a figuras de autoridad, lo expresa Albert Speer en su relación con Hitler:

Al analizar la complejidad de los motivos que me habían hecho regresar de forma tan sorprendente a este círculo íntimo de Hitler, una de las razones importantes fue seguramente el deseo de seguir conservando la posición de poder una vez conseguida. Si bien es verdad que sólo participaba en el poder de Hitler, extremo sobre el que posiblemente jamás me engañé, encontré siempre digno de aspiración seguir a su lado para poder conseguir que recayera también sobre mí algo de su popularidad, de su esplendor, de su grandeza. Todavía hasta 1942, supe que mi condición de arquitecto me permitía gozar de la conciencia de sentirme independiente de Hitler; pero, entre tanto, fue sobornándome y embriagándome el afán de ejercer el poder por el poder mismo, de efectuar nombramientos, de decidir sobre cuestiones importantes, de disponer de miles de millones. A pesar de mi disposición a abandonar, no hubiera renunciado de buen grado a los estímulos de la embriaguez de mando.³²

El reconocer que el poder es inherente a la vida en sociedad, no quiere decir que no podamos influir en el contenido y en la forma de expresión de la acción política.

Luchar por neutralizar su dependencia economicista y dirigir su acción al bien social. No a un bien social trascendente al hombre, sino a aquel que debe darse en la cotidianidad de la vida.

Tener conciencia de la necesidad de institucionalizar, de preservar y equilibrar valores como libertad, democracia, igualdad y justicia que deben normar nuestro actuar diario, tanto a nivel individual como social.

En el primer caso, partiendo de la estructura familiar, que como el medio natural de crecimiento y desarrollo del ser humano que debe ser fortalecido para poder cumplir adecuadamente con estos fines. Aunque algunos autores consideran que las expectativas futuras de la actual organización familiar son inciertas, en el momento presente y de acuerdo al proceso histórico, sigue siendo la familia el principal agente socializante del hombre. A partir del núcleo familiar es el proceso educativo formal el que continúa y complementa aquella primera etapa. Es necesario que si bien la estructura educacional preserve, historia y tradición, a su vez sea capaz de modificar su dependencia económica, abriendo nuevas alternativas al desarrollo integral de las personas y

³² Speer, Albert, *op. cit.*, *supra*, nota 25, p. 42.

la comunidad. La educación como un medio permanente, de cambio y evolución, que potencialice al ser humano al uso de la inteligencia, la razón y los valores.

Hay que rebelarse a ese proceso de masificación y homogenización de la sociedad. Demandar mayores posibilidades de presencia a los diversos grupos que se organizan y nacen en la sociedad civil, tales como las juntas vecinales, las asociaciones de padres de familia, los grupos escologistas, etcétera. No permitir que el poder político vaya absorbiendo y monopolizando el manejo global de la sociedad. Hay que reducirle su campo de acción y que estos espacios los cubra el derecho y la participación cívica de los ciudadanos.

La lucha entre poder y derecho no es nueva, es parte de la expresión de la historia del hombre. Si bien el individuo en lo particular puede aportar con su actuar cotidiano presiones para un cambio social, el orden jurídico como herramienta de apoyo a este cambio es indispensable. Por ello, revalorar el derecho como un medio de contrapeso al poder, es necesario en el control de este último. Luchar porque la norma jurídica se ponga al servicio del hombre y no sólo como un medio de control que beneficie al ejercicio pragmático del poder. Educar a nuestras futuras generaciones en un marco de respeto cívico que los aliente no sólo al cumplimiento de las normas jurídicas reconocidas como tales en su comunidad, sino a que luchen porque los demás también lo cumplan.

A nivel de las estructuras es necesario que presionemos a modificar el esquema desarrollista que se nos ha impuesto desde el exterior.

De acuerdo a las posibilidades reales de desarrollo que tiene México, condicionado por los dramáticos problemas sociales que nos agobian, debemos replantearnos que tipo de sociedad podemos ser. Modernidad no debe implicar aniquilamiento y pérdida de esperanza para una mayoría de la población. Debe significar nuevas y mejores alternativas de libertad, democracia, igualdad y justicia, y escoger como modelo de desarrollo aquel que más se acerque a estas metas. Quienes ejercen el poder político deben verse obligados a actuar en consecuencia. El poder como institución social debe estar exclusivamente al servir del bien común.

Hay que desacralizar el poder y a sus representantes. Siguiendo a Weber sólo merecerían reconocimiento social quienes viven para la política y no de la política. La sociedad civil debe exigir responsabilidad a los que realizan actos de administración y gobierno.

El Estado y quienes forman parte del mismo como servidores públicos tienen una responsabilidad con la sociedad, hay que demandarles

su correcto cumplimiento. La sociedad civil debe en forma permanente supervisar el cumplimiento de los roles administrativos y de buen gobierno. Dejar estos espacios al político es alentar la corrupción y la ineficiencia. Fomentar y preservar la responsabilidad política es una forma de preservar el Estado de Derecho.

En el caso de México vale la pena preguntarse por ejemplo, si la forma como se ha manejado económicamente el país, en donde el patrimonio de las personas y los de por sí ya bajos niveles de vida, han sido pulverizados por el proceso inflacionario, en mucho consecuencia de una pésima administración, no caerían dentro del supuesto del artículo 1928 del Código Civil en relación a las responsabilidades del Estado.³³

Al tener conciencia de lo descrito anteriormente, podemos buscar actuar en consecuencia. Si bien no es fácil, es un hecho que las estructuras sociales nacen en el actuar cotidiano del hombre, y por tanto pueden ser modificadas. A partir del ejemplo concreto, viviendo en la cotidianidad de nuestra familia, escuela, trabajo, hay que desmontar uno a uno el mecanismo ideológico de la economía desarrollista y de ésta sobre la política.

Rechazar el mito del poder invisible, reconocer el origen y desarrollo que nos imponen quienes manejan, distorsionan y lo organizan en su particular beneficio; debemos participar en la elaboración de las normas sociales, reclamar para todos los espacios que requiere la sociedad civil y asumir nuestra responsabilidad y exigir!a también para los otros. El camino es largo y difícil. ¿Es que hay otro?

³³ Artículo 1928 del *Código Civil*. "El Estado tiene obligación de responder de los daños causados por sus funcionarios en el ejercicio de las funciones que les estén encomendadas. Esta responsabilidad es subsidiaria, y sólo podría hacerse efectiva contra el Estado cuando el funcionario directamente responsable no tenga bienes, o los que tenga no sean suficientes para responder del daño causado".